

# RETÓRICAS DE LA RAZA. INTELECTUALES MEXICANOS ANTE LA GUERRA DEL 98

Rafael Rojas

*Centro de Investigación y Docencia Económicas*

LA GUERRA ENTRE ESTADOS UNIDOS Y ESPAÑA, por el control poscolonial de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, en el verano de 1898, fue después de la franco-prusiana de 1871 y antes de la ruso-japonesa de 1904, uno de los tres conflictos emblemáticos de ese impetuoso fin del siglo XIX que Eric Hobsbawm bautizó como "la era del imperio".<sup>1</sup> La ocupación militar de las tres últimas colonias españolas en América, decretada por el gobierno de William McKinley, vino a confirmar geopolíticamente la hegemonía comercial, financiera y diplomática que detentaba Estados Unidos en el continente.<sup>2</sup> Toda América Latina estaba implícitamente involucrada en el conflicto, más que como espectador, como un actor indirecto.

En las páginas que siguen se explorará la recepción cultural de la guerra del 98 en México. Primero se esboza un mapa del discurso eugenésico en Europa, Estados Unidos y América Latina para establecer el campo referencial etnológico, sociológico y filosófico que compartían los intelectuales mexicanos de fines del siglo XIX. Luego se hará un recorrido por el tratamiento que dio la opinión pública del porfiriato a la guerra hispano-cubano-estadounidense. Más adelante se analizará la percepción particular

<sup>1</sup> HOBBSAWM, 1998, pp. 9-19; MEYER, 1997, pp. 52-54.

<sup>2</sup> PÉREZ, 1998, pp. IX-XIV.

de aquel conflicto que aparece en la obra de algunos intelectuales muy autorizados como Francisco Bulnes, Federico Gamboa, Agustín Aragón, Francisco G. Cosmes, Telésforo García y Justo Sierra. Por último, se hará un breve comentario acerca del efecto que dejó la guerra en las relaciones internacionales de México con ambos rivales: España y Estados Unidos.

#### LA DIFUSIÓN DEL PARADIGMA EUGENÉSICO

El enfrentamiento militar que sostuvieron Estados Unidos y España en territorio cubano duró, técnicamente, menos de un mes: entre la noche del 22 de junio, cuando las tropas de Lawton, Wheeler y Roosevelt tomaron la guarnición española de Siboney, y el mediodía del 17 de julio de ese año, cuando se rindió la ciudad de Santiago de Cuba.<sup>3</sup> Las dos batallas más o menos importantes, la terrestre de la colina de San Juan y la naval de la bahía de Santiago, dejaron un saldo total de 3 469 muertos: 224 estadounidenses y 3 245 españoles.<sup>4</sup> Elias Canetti, uno de los mejores testigos literarios de la primera guerra mundial, afirmaba que la intensidad de las guerras podía medirse por la altura de sus montañas de cadáveres.<sup>5</sup> Para ser una guerra tan breve, originalmente indeseada por ambos rivales, la del 98 fue, en palabras del secretario de Estado John Hay, “una guerrita espléndida”, aunque bastante sangrienta.<sup>6</sup>

Con el armisticio del 12 de agosto de 1898 terminó la guerra militar, pero comenzó otra, políticamente más costosa y, sobre todo, más larga; tanto que todavía hoy se mantiene inconclusa: la guerra de los discursos.<sup>7</sup> Las ar-

<sup>3</sup> WRIGHT, 1996, pp. 135-139 y NEVINS, COMMAGER y MORRIS, 1994, pp. 360-361.

<sup>4</sup> Estos datos, siempre dudosos, se tomaron del libro *Cuba. La lucha por la libertad. 1760-1970* de THOMAS, 1973, pp. 512-515.

<sup>5</sup> CANETTI, 1981, p. 63.

<sup>6</sup> CANETTI, 1981, p. 524; OFFNER, 1992, y LA FEBER, 1963.

<sup>7</sup> Michel Foucault habla de “guerras infinitas” cuando se trata de “batallas entre naciones, entre razas o entre civilizaciones”: FOUCAULT, 1996, pp. 117-137.

mas de esa guerra secular han sido algunas formas del saber (eugenesia, etnología, historia, sociología, ética, antropología, estética, literatura...), el campo de batalla es la cultura cubana, los ejércitos son cuerpos de élites intelectuales y políticas y los objetivos son la hegemonía y el control de la identidad nacional de la isla, como condición simbólica para la experiencia moral de algún modelo cívico.<sup>8</sup> Así como la guerra militar fue un conflicto entre tres actores nacionales (España, Cuba y Estados Unidos), esta guerra discursiva por el metarrelato de la nación fue, al menos en las primeras décadas del periodo poscolonial, un enfrentamiento entre tres imaginarios culturales: el hispano-blanco-católico, el anglosajón-blanco-protestante y el afrocubano negro y/o mulato.<sup>9</sup>

El escenario de esta guerra no fue sólo la cultura cubana. También en España, en Estados Unidos, en Filipinas, en Puerto Rico y en casi todos los países latinoamericanos se vivió una confrontación entre discursos morales y paradigmas civilizatorios. La derrota de España fue, para algunos, la prueba de la decadencia de la civilización hispánica, cuando no de la civilización ibérica o, incluso, de la latina. En cambio, para otros era, más bien, una nueva señal del expansionismo "bárbaro" de la cultura sajona y protestante, antes ejercido por la "pérfida Albión" y ahora por su enérgica criatura: Estados Unidos. Sin embargo, pocas veces la historiografía del 98, dentro y fuera de Cuba, se ha detenido en el estudio de la cuantiosa producción de discurso que generó aquella guerra en la literatura latinoamericana.

<sup>8</sup> Sobre la aplicación moral de un "modelo cívico" véase ESCALANTE, 1992, pp. 32-35.

<sup>9</sup> Como se puede ver, se tomaron en cuenta sólo los enunciados étnicos y religiosos para la interpretación de discursos identificatorios nacionales. Otros enunciados, como el genérico o el sexual, si bien no están ausentes de las construcciones discursivas, son menos visibles en las primeras décadas de la cultura poscolonial cubana. Para las nociones de "enunciado" y "discurso", véanse *Las palabras y las cosas* y *La arqueología del saber* de Michel Foucault.

Desde 1895 la opinión pública estadounidense demostró un marcado interés por la guerra separatista de Cuba. En especial la prensa de Nueva York, por medio del *Journal* de William Hearst —probable modelo de Orson Welles para *Citizen Kane*—, el *World* de Joseph Pulitzer y el *Sun* de Charles Dana, contribuyó decisivamente a la fabricación pública de la intervención estadounidense.<sup>10</sup> El caricaturista Frederic Remington y los corresponsales Richard Harding Davis, James Creelman y Stephen Crane vivían en el hotel Inglaterra y, entre martini y martini, asustaban a sus lectores neoyorkinos con reportajes sobre la crueldad del “carnicero” Weyler, la destrucción física y moral de la isla o el caso de Evangelina Cisneros, la joven hija de un oficial insurrecto que fue encarcelada en la prisión de las Recogidas de La Habana.<sup>11</sup> Frente a estos tres periódicos se colocaron otros, como el *Herald*, el *Tribune*, el *Post* y el *Times*, que se oponían a la participación de Estados Unidos en la guerra.<sup>12</sup>

Las dos corrientes públicas, más o menos delineadas, del nacionalismo imperial/esclavista del sur y del republicanismo abolicionista/no expansionista del norte, que se arrastraban desde la guerra de Secesión (1861-1865), alcanzaron, entonces, un doble reflejo discursivo en la literatura de Estados Unidos. En el ensayo, un autor como Josiah Strong, quien en *Our Country: Its Possible Future and Its Present Crisis* defiende la idea de una gran nación anglosajona y puritana, llamada a cumplir una misión providencial en el mundo, está cerca del primer discurso.<sup>13</sup> Mientras que el poco conocido caso del periodista y político Cari Schurz, veterano de la revolución alemana de 1848 y de las tropas unionistas de Lincoln, autor de *Manifest Destiny*, un ensayo donde se criticaba la célebre doctrina de John L. O’Sullivan desde la oposición a la guerra contra España, al esclavismo sureño y a la tentativa anexión de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, es representativo de la se-

<sup>10</sup> ÁLVAREZ, 1996, pp. 247-261.

<sup>11</sup> THOMAS, 1973, pp. 443-463.

<sup>12</sup> THOMAS, 1973, p. 446.

<sup>13</sup> INGE, 1989, pp. 22-24.

gunda corriente.<sup>14</sup> En la ficción, este deslinde podría ilustrarse con las figuras de Mark Twain, otro crítico del nacionalismo, quien al igual que Schurz imaginaba a Estados Unidos no como el “cerrado círculo familiar” anglosajón, sino como una nación multiétnica, y el Stephen Crane de *The Red Badge of Courage* o, incluso, de “The Open Boat”, aquel cuento sobre el naufragio del *Commodore* en el que la épica militar del soldado estadounidense, antes de llegar a las costas de Cuba, se puso a prueba en el enfrentamiento con la naturaleza.<sup>15</sup>

Aunque en la literatura estadounidense no faltan los discursos sociológicos sobre las civilizaciones étnicas y religiosas, esta formación discursiva que se centra en una *épisteme* eugenesica tiene más peso en la cultura europea.<sup>16</sup> A fines del siglo XIX, el positivismo, el evolucionismo y, sobre todo, el darwinismo social orientaron las nacientes antropologías francesa, alemana y británica hacia el enfoque racial. De este tronco común salen dos corrientes intelectuales que tendrán un peso decisivo en el debate sobre la superioridad o inferioridad de las civilizaciones occidentales: la morfología histórica (Burkhardt, Spengler, Troeltch, Weber, Toynbee...) y la eugenesia sociológica (Gobineau, Chamberlain, Lapouge, Galton, Stoddard...).<sup>17</sup> Si bien no dejaron de surgir voces marginales —como la del antropólogo ruso Iakov Alexandrovich Novikov, quien se resistía a interpretar las civilizaciones desde una genealogía étnica— el resultado, más o menos admitido, de aquel debate fue la idea de que la civilización latina experimentaba una decadencia irreversible frente al auge de la civilización sajona.<sup>18</sup> La confirmación histórica de ese juicio, según algunos intelectuales franceses como Gobineau, Taine y Fouillé, había sido la derrota de Francia ante Prusia en 1871.<sup>19</sup>

<sup>14</sup> INGE, 1989, pp. 25-31.

<sup>15</sup> INGE, 1989, pp. 560-575. Para la épica literaria de Crane véase WOLFORD, 1983.

<sup>16</sup> HOFSTADTER, 1955.

<sup>17</sup> MARTINDALE, 1971, pp. 191-201.

<sup>18</sup> HOBBSAWM, 1998, pp. 56-57.

<sup>19</sup> Véase el texto “La opinión en Alemania y las condiciones de la paz”, en TAINÉ, 1953, pp. 780-794.

En este sentido, podría hablarse de una conexión simbólica entre la guerra franco-prusiana de 1871 y la guerra hispano-estadounidense de 1898. Es interesante observar cómo la primera abre un ciclo intelectual en España, marcado por el *topos* de la “decadencia latina”, que, 30 años después, tras el “desastre del 98”, se cerrará en una reactivación del nacionalismo español.<sup>20</sup> Es el ciclo que se inició con el regeneracionismo escéptico de Joaquín Costa, Ricardo Picavea Macías y Lucas Mallada y termina con el nihilismo patriótico de José Martínez Ruiz (*Azorín*), Pío Baroja y Ramiro de Maeztu.<sup>21</sup> Los dos polos narrativos de este discurso, el de la “decadencia” y el de la “grandeza” de España, conviven de manera ejemplar en tres libros muy influyentes: *En torno al casticismo* (1895) de Miguel de Unamuno, *Idearium español* (1897) de Ángel Ganivet y *La moral de derrota* (1900) de Luis Morote.<sup>22</sup> Aquí la retórica alcanza un acomodo perfectamente dual o binario, en el que el rechazo de la “ideocracia”, el “salvajismo enmascarado”, la “insociabilidad” y otras “taras” de la cultura española es siempre compensado por una exaltación de las “reservas espirituales de la patria”.

La resonancia de aquel debate eugenésico en América Latina produce textos de singular intensidad. El discurso latinófilo, o sajonizante, encuentra nítidas expresiones en *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883) de Domingo Faustino Sarmiento, *El porvenir de las naciones latinoamericanas* (1899) de Francisco Bulnes y *Nuestra América* (1903) de Carlos Octavio Bunge.<sup>23</sup> Algunos pasajes de estos libros reproducen los argumentos de Edmund Demoulin en aquel ensayo que asustara a los latinófilos inseguros: *¿A qué se debe la superioridad de los anglosajones?* Frente a semejante certeza se organiza una discursividad que reacciona contra la “deslatinización” de América, ya

<sup>20</sup> LANGA LAORCA, 1996, pp. 427-428.

<sup>21</sup> ESLAVA GALÁN y ROJANO ORTEGA, 1997, pp. 254-264; STORM, 1996, pp. 465-480, y LLERA y ROMERO SAMPER, 1996, pp. 263-295.

<sup>22</sup> UNAMUNO, 1997, pp. 40-50; GANIVET, 1997, pp. 37-54, y MOROTE, 1997, pp. 149-154.

<sup>23</sup> Véase ROJAS, 1993, pp. 411-417.

sea desde un regreso al espiritualismo helénico, como en *Ariel* de José Enrique Rodó, desde una crítica a la “democracia imperial” estadounidense, como en *Nuestra América* de José Martí, o desde un énfasis en la latinidad fundacional de Sudamérica, como en *El continente enfermo* de César Zumeta. La guerra hispanoamericana de 1898, en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, fue, en cierto modo, el correlato político y militar de aquel choque discursivo entre dos civilizaciones.

La *épisteme* eugenésica es el eje retórico de una guerra cultural entre las élites poscoloniales de América Latina. El enfrentamiento binario de lo “latino” contra lo “sajón”, que rodea el 98, involucra entonces, a partir de la identidad étnica, otros enunciados psicológicos, religiosos, económicos y antropológicos que, en suma, conforman un orden moral cívico. Michel Foucault observa que a fines del siglo XIX las tensiones discursivas en torno a diferentes modelos civilizatorios producen la “inscripción del racismo en los mecanismos del Estado” y determinan la “emergencia de un biopoder”.<sup>24</sup> De modo que en esa guerra simbólica se enfrentan diversos imaginarios cívicos, distintas representaciones morales de la ciudadanía, que se perciben, a su vez, como desprendimientos de ciertas raíces étnicas:

En otras palabras: el imperativo de la muerte, en el sistema del biopoder es admisible sólo si se tiende a la victoria no sobre adversarios políticos, sino a la eliminación del peligro biológico y al reforzamiento, directamente ligado con esta eliminación, de la especie misma o de la raza... El racismo asegura entonces la función de la muerte en la economía del biopoder, sobre el principio de que la muerte del otro equivale al reforzamiento biológico de sí mismo como miembro de una raza o una civilización, como elemento en una pluralidad coherente y viviente.<sup>25</sup>

El trasfondo intelectual de la guerra hispanoamericana de 1898 es, justamente, esa “economía del biopoder”. José

<sup>24</sup> FOUCAULT, 1996, p. 205.

<sup>25</sup> FOUCAULT, 1996, pp. 206 y 208.

Enrique Rodó habla de “razas libres” y “razas esclavas”, entendiendo por estas últimas a las civilizaciones que son “presas de la pasión crematística”, del puritanismo y de la democracia, víctimas, en fin, de una “propensión a lo utilitario y lo vulgar” que atenta contra “los intereses ideales de la especie”.<sup>26</sup> Su *calibanización* de Estados Unidos es una alarma frente al “biopoder sajón”, ya que, en *La Tempestad*, Calibán sueña con violar a la hija de Próspero y poblar la isla de calibanes. Por su lado, Francisco Bulnes va un poco más allá cuando, al constatar la derrota de España en el Caribe, concluye que la “raza anglosajona”, la “más liberal” y “la más trabajadora”, es también la que “con más vigor se multiplica”.<sup>27</sup> Rodó percibió la victoria de Estados Unidos como una “amenaza contra la moral y la cultura”, es decir, como una “derrota del espíritu”. Bulnes, en cambio, la entendió como una prueba más de la “maldición latina” y como un paso decisivo para “alcanzar a los anglosajones”, que, a partir de 1898, “estarían más cerca”. Pero ambos lograron ver en la guerra ese “imperativo de la muerte” que introdujo una cesura en el “continuum” biológico de América Latina.<sup>28</sup>

#### REFLEJOS EN LA PRENSA VECINA

Desde 1895, en México, debido a la presencia de fuertes núcleos cubanos separatistas y españoles colonialistas, esa guerra simbólica de los discursos fue también una guerra física entre los cuerpos. No sólo se enfrentaban, cada 16 de septiembre, en cualquier ciudad de la República, los que gritaban ¡Viva Cuba Libre! ¡Muera Weyler!, con los que gritaban ¡Muera Maceo! ¡Viva España!, sino que en más de una ocasión esas trifulcas terminaban en afrentas y, luego, éstas en duelos y éstos a su vez en muertes. En 1896, cuatro periódicos de la ciudad de México, *El Partido Liberal*, *El*

<sup>26</sup> RODÓ, 1992, pp. 75, 78 y 86-87.

<sup>27</sup> BULNES, 1899, p. 147.

<sup>28</sup> FOUCAULT, 1996, p. 206.

*Universal*, *El Correo Español* y *La Raza Latina* trataron de responder a la pregunta eugenésica: “¿qué raza es superior? ¿la latina o la sajona?”, a raíz de un duelo entre el italiano Baldovini y el alemán Kolbeck, en el que resultó muerto el segundo. De acuerdo con la singular crónica roja “Exaltación inmotivada”, que apareció en *El Correo Español*, ambos extranjeros bebían afablemente en una cantina de la ciudad de México. Al suscitarse el tema de la guerra de Cuba, el italiano y el alemán se enfrascaron en una batalla verbal que pasó de las virtudes y defectos de los ejércitos de Bismarck y Napoleón III, durante la pasada guerra franco-prusiana, a las virtudes y defectos de las razas latina y sajona. Al final, arrebatados por el alcohol, Baldovini reta a duelo a Kolbeck, por “el honor de España”, y en el lance muere el alemán.<sup>29</sup>

En un principio, los periódicos proespañoles de la capital, sobre todo, *El Tiempo*, *La Raza Latina* y *El Correo Español*, desaprueban la conducta del italiano. Así, *El Correo Español*, unos días después del duelo, afirmaba que:

La bandera española, símbolo santo de nuestra nacionalidad, no conviene que se arrastre como sucio harapo por tabernas y burdeles, y ya que sea difícil evitar esto de otro modo, protestemos siquiera contra los que a la continua cometen semejante profanación, tomando un nombre que no es para pronunciarlo en ciertos lugares, y queriendo asumir representaciones, bien de la Patria, bien de nuestra Colonia, que nadie les ha conferido.<sup>30</sup>

Pero en cuanto se inicia el juicio, a principios de mayo de 1896, la prensa liberal se pone del lado de la víctima y la española defiende al italiano. *El Universal*, que dirigía Ramón Prida, denuncia el hecho de que los ministros de Italia y España, en México, ofrezcan protección al italiano y advierte que los miembros del jurado son, en su mayoría, españoles: “con lo cual —afirma— quedará asegurada la libertad del culpable... dado el carácter de esos extranje-

<sup>29</sup> *El Correo Español* (30 abr. 1896), p. 2.

<sup>30</sup> *El Correo Español* (2 mayo 1896), p. 2.

ros, y más aún, su animadversión a todo aquello que significa la defensa de Cuba”.<sup>31</sup> A su vez, *El Correo Español* ataca a Ramón Prida y a *El Universal* porque, en “su odio inveterado a España, acaban glorificando a un beodo alemán”.<sup>32</sup> Esto provoca la entrada de los editores de *El Partido Liberal* en el debate, quienes se refieren a “lo triste, muy triste que sería, que España o los españoles residentes en México, sancionasen o aplaudiesen un asesinato, porque este se cometió con motivo de la defensa del nombre español, por un hombre que ni siquiera pertenece a la raza española”.<sup>33</sup> El duelo Baldovini-Kolbeck y el Verástegui-Romero fueron, precisamente, los que motivaron aquella campaña de Manuel Gutiérrez Nájera, Rafael de Zayas Enríquez y Adalberto A. Esteva, desde las páginas de *El Partido Liberal*, contra los excesos de ese trasnochado código de honor que se basaba en rituales tan costosos.<sup>34</sup>

Las retóricas de la raza se exacerbaban aún más cuando, el 11 de abril de 1898, el presidente William McKinley, “en nombre de la humanidad, de la civilización y en defensa de los intereses norteamericanos en peligro”, declaró la guerra a España.<sup>35</sup> En un breve pasaje de su discurso al Congreso, McKinley se refirió —como precedentes de la intervención estadounidense en la isla, que ilustraban una supuesta lealtad secular a la Doctrina Monroe— al apoyo de Estados Unidos a los colonos texanos en su lucha por independizarse de México y a la alianza con la República de Juárez contra el imperio de Maximiliano. Esas declaraciones avivaron el debate intelectual que, desde los inicios de la guerra cubana, entablaban los periódicos liberales y conservadores de México. *El Tiempo* de Victoriano Agüeros, *La Voz de México* de Trinidad Sánchez Santos y *El Popular* de Francisco Montes de Oca iniciaron, a fines de abril y principios de mayo, una campaña pública en favor de la franca colaboración con España, insistiendo en que Méxi-

<sup>31</sup> *El Universal* (4 mayo 1896), p. 2.

<sup>32</sup> *El Correo Español* (3 mayo 1898), p. 2.

<sup>33</sup> *El Partido Liberal* (12 nov. 1896), p. 1.

<sup>34</sup> *El Partido Liberal* (27 nov. 1896), p. 2.

<sup>35</sup> *EUA*, 1988, t. III, pp. 325-332.

co “no podía ser un simple espectador en el conflicto hispano-americano”, ya que, después de Cuba, el siguiente objetivo sería el territorio mexicano.<sup>36</sup> José López Portillo y Rojas, desde *El Tiempo*, no cesaba de injuriar a los “ayanakados” y aseguraba que:

Cuba yankee sería para México una afrenta a la integridad nacional. Baste recordar la usurpación de que fuimos objeto. Lo que pasa con Cuba trae a la memoria años atrás cuando los estadounidenses deseaban colonizar Baja California. Cuba demuestra que los Estados Unidos pueden tomar cualquier pretexto para intervenir y quitarnos Baja California, como lo hizo con Texas... Después de Cuba nuestra patria es la presa más codiciada de los Estados Unidos. Si logra adueñarse de Cuba, el paso siguiente será nuestro territorio.<sup>37</sup>

Frente a esta prensa abiertamente proespañola se articularon tres posiciones públicas muy diferenciadas: la de aquellos que, como *La Patria* de Ireneo Paz, sostenían la necesidad de una postura estrictamente neutral; la de quienes por adhesión a la causa de la independencia cubana se oponían tanto a la persistencia del orden colonial español como a la intervención estadounidense (casos de *El Hijo del Ahuizote* de Daniel Cabrera, de *El Continente Americano* de Remigio Mateos o del *Diario del Hogar* de José P. Rivera); y, por último, la posición de los que, contra la presencia de España en el Caribe y contra la posibilidad de una República cubana, apoyaban la ocupación estadounidense de la isla: *El Imparcial* de Carlos Díaz Dufoo y *El Mundo* de Rafael Reyes Espíndola.<sup>38</sup> El caso de *El Universal*, dirigido por Alfonso Rodríguez Belaunzarán, es algo distinto, ya que como señalaba *La Patria*, en un editorial que reafirmaba su “imparcialidad ante una guerra entre dos naciones amigas” y su rechazo a que “México sea un palenque donde se diriman las contiendas internacionales”, ese periódico alteró bruscamente su línea política y pasó de una

<sup>36</sup> *El Tiempo* (19 abr. 1898), p. 1.

<sup>37</sup> *El Tiempo* (27 abr. 1898) y (2 mayo 1898), p. 1.

<sup>38</sup> FIGUEROA ESQUER, 1998, pp. 140-143.

ligera simpatía con el separatismo cubano a una diametral oposición al expansionismo estadounidense que, en muchos casos, adoptaba la forma de una solidaridad con España.<sup>39</sup> La explicación de ese cambio en un segmento de la opinión liberal la ofrecía el diario, en un editorial del 12 de mayo de aquel año:

La mayoría de la opinión pública mexicana está del lado de España en esta guerra hispano-norteamericana. Simpatía platónica que debe alinearse en la neutralidad que demanda el gobierno mexicano. Sin embargo, al principio muchos mexicanos simpatizaron con la insurrección en Cuba. Las palabras de independencia y libertad encontraron eco en nuestra historia más reciente. Pero cuando Estados Unidos intervino sólo quedó al descubierto una colosal ambición. La reacción inmediata a esa ingerencia desprovista de bases legales o de razón fue que la generalidad de los mexicanos se puso al lado de España. La cuestión ya no es la liberación de Cuba, sino la expansión anglo-sajona en América. La cuestión cubana nos demuestra que el espíritu de expansión y conquista del pueblo americano sólo estaba adormecido. Esto hace urgente estrechar los lazos con todos los pueblos de la raza latina, en la tarea de la protección y fomento de empresas que coloquen un dique ante el desbordamiento del capital norteamericano. Estados Unidos es un vecino peligroso para nuestra raza y racionalidad.<sup>40</sup>

Aunque generalizaban, los editores de *El Universal* captaban esa mutación que, en efecto, experimentó la opinión pública mexicana ante la guerra hispano-cubano-americana. Prueba de lo anterior es que Francisco Bulnes, quien colaboraba en *El Universal*, en vísperas de la guerra, se trasladó a *El Imparcial* y a *El Mundo*, desde cuyas páginas avaló las declaraciones del presidente McKinley, respecto a la anexión de Texas, y defendió el avance de la “imponente civilización sajona” a expensas de la “decadente civilización latina”. Con esto, Bulnes se ganó el repudio de todos: católicos y liberales, procubanos y proespañoles. *El Tiempo*

<sup>39</sup> *La Patria* (28 abr. 1898), p. 1 y (13 mayo 1898), p. 1.

<sup>40</sup> *El Universal* (12 mayo 1898), p. 1.

lo atacó con un artículo titulado “Patriotismo científico”, en el que se decía que la nación, para Bulnes, era una “Patria sin contenido, de la que son tan ciudadanos los hombres como los animales y las plantas”.<sup>41</sup> Y *La Patria* criticó su incongruencia al “abrazar la causa yankee, en lugar de secundar el propósito racional de la neutralidad”.<sup>42</sup> Aún así, Bulnes no cejó en su empeño de persuadir a sus lectores de las ventajas de una recolonización sajona de Cuba y siguió escribiendo en *El Imparcial* y *El Mundo* aquellos artículos que, al cabo de un año, formarían parte del libro *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las recientes conquistas de Europa y Norteamérica. Estructura y evolución de un continente* (1899).

#### LA GUERRA DE LOS DISCURSOS

Más cerca del argentino Bunge que del uruguayo Rodó, Bulnes usaba la guerra de 1898 como *leitmotiv* de su ingeniosa y, a la vez, ridícula argumentación eugenésica:

Quando los Estados Unidos declararon la guerra, el pueblo español tuvo que fingirse entusiasmado por tan plausible acontecimiento. El mundo entero vio que tal entusiasmo se caracterizaba por carcajadas tetónicas, por lividez cadavérica en el fuego patrio, por cólicos mordentes en el aparato nutritivo nacional. Las clases ilustradas de España, encabezadas por el gobierno, no pudieron ocultar su consternación, hablaron desde luego de sacrificio, de necesidad de salvar la honra y aceptaron con dolor el desastre [...]. ¿Se salvó la honra? Yo pregunto, ¿qué honra? ¿La militar? ¿La patriótica? [...] Ninguna de las honras se salvó. No se salvó la honra patriótica, porque el patriotismo sano e inteligente indicaba evitar la guerra y no perder, sino reconocer lo que ya estaba perdido: Cuba. La honra militar tampoco se salvó, porque un ejército desmoralizado antes de combatir ha perdido su espíritu militar y no puede salvar la honra de viejos pergaminos gloriosos.<sup>43</sup>

<sup>41</sup> *El Tiempo* (16 jun. 1898), p. 2.

<sup>42</sup> *La Patria* (3 mayo 1898), p. 1.

<sup>43</sup> BULNES, 1899, p. 188.

La derrota militar de España era, según Bulnes, tan sólo un reflejo de la constitutiva debilidad moral de esa nación: “[...] Con España sucedió un caso único en la historia; España entró en campaña convencida de que sería desastrosamente vencida, y la desmoralización comenzó desde el momento en que apareció la tarea no humana de luchar sin esperanza”.<sup>44</sup>

Esta crítica a una cultura controlada por el honor nacional sería rescatable si su fundamento teórico no fuera ese discurso eugenésico que predominaba en las ciencias sociales de fines del siglo XIX. El “patriotismo” en América Latina, según Bulnes, era una creación española y, por tanto, un espíritu o una sensibilidad que cargaba con toda la degradación que sufría la civilización latina. A ese patriotismo que “consiste en odiar o despreciar todo lo extranjero y en asegurar todos, sin excepción, ser héroes a la hora de la guerra”, Bulnes contraponía otro: “el patriotismo de la paz”.<sup>45</sup> Una estrategia de convivencia didáctica que permitiría, acaso, a los latinos ponerse a la altura de los sajones y a los países hispanoamericanos aproximarse a Estados Unidos. Sólo así, esa “maldición de América Latina”, determinada por la “raza débil del maíz”, podría ser conjurada.<sup>46</sup> Por medio del “patriotismo de la paz”, México y el resto de Latinoamérica comenzarían a parecerse a:

La raza que con más vigor se multiplica, que es la anglosajona; también la más rica, la más liberal, la más trabajadora y que no cuenta con las fuerzas destructoras que agobian a la raza latina, como el anarquismo, el clericalismo, el antisemitismo, el jacobinismo, el militarismo y, en cambio, tiene todas las virtudes públicas de la democracia en más o menos grado.<sup>47</sup>

Aunque sin citarlo, Bulnes parecía rearticular aquellas palabras que, diez años antes, había escrito Domingo Faus-

<sup>44</sup> BULNES, 1899, p. 189.

<sup>45</sup> BULNES, 1899, p. 142.

<sup>46</sup> BULNES, 1899, pp. 9-12.

<sup>47</sup> BULNES, 1899, p. 147.

tino Sarmiento al final de su libro *Conflicto y armonía de las razas en América*:

Lleguemos a enderezar las vías tortuosas en que la civilización europea vino a extraviarse en las soledades de esta América [...] La América del Sur se queda atrás y perderá su misión providencial de sucursal de la civilización moderna. No detengamos a los Estados Unidos en su marcha [...] Alcance-mos a los Estados Unidos. Seamos la América, como el mar es el Océano. Seamos Estados Unidos.<sup>48</sup>

Diametralmente opuesta a la latinofobia de Bulnes fue la percepción de la guerra hispanoamericana del entonces joven escritor y diplomático Federico Gamboa. Luego de desempeñar breves misiones en Buenos Aires y Guatemala, el autor de *Santa* se encontraba en la ciudad de México al estallar la guerra, a mediados de abril de 1898. En un primer apunte de sus *Diarios*, Gamboa se sorprende a sí mismo inmerso en la contienda, apostando todo al triunfo del bando español: “¡Es particular! La guerra que sostiene España contra Estados Unidos de América, interésame como si se tratara de una cosa propia. Con la ansiedad de quien se halla en gravísimo peligro personal, me echo sobre los telegramas de los periódicos. ¿Herencia o atavismo?”<sup>49</sup> La pregunta final nos coloca en una perspectiva más compleja que la simple batalla entre las civilizaciones sajona-prottestante-moderna de Estados Unidos y latina-católica-tradicional de España.<sup>50</sup> Para Gamboa, a diferencia de Bulnes, el dilema no reside en qué raza o civilización es superior, sino en qué tipo de vínculo ético y estético debe experimentarse con la tradición que constituye una cultura. Ya en agosto, después de la firma del Protocolo de Washington, ese grado de la reflexión se ha diluido hasta el punto de quedar apresado en la simple constatación de una pérdida:

<sup>48</sup> SARMIENTO, 1978, pp. 455-456.

<sup>49</sup> GAMBOA, 1995, p. 40.

<sup>50</sup> DUBY, 1989, pp. 7-20.

Desde la rendición de Santiago de Cuba, España se me ha alejado extraordinariamente; la miro ahora mejor como recuerdo que como actualidad, y mucho témome, por lo que la quiero, que a partir de hoy se convierta en otra Grecia moderna, vale decir, en un pretérito más o menos glorioso, pero siempre pretérito. Y me entristecería que así fuese, pues aparte de mi afecto, considero que para una porción de cosas trascendentes los pueblos hispanoamericanos habemos menester de que España  *siga siendo*  y no que  *haya sido* .<sup>51</sup>

Gamboa llegaba, por su cuenta, a la misma idea sobre el clasicismo hispánico que por aquellos años, y por diferentes caminos, esbozarían Ángel Ganivet en *Idearium Español* y Miguel de Unamuno en *En torno al casticismo*.<sup>52</sup> Pero aun esa imagen de España como legado clásico de México y de Hispanoamérica, que tanta difusión alcanzaría en la primera década del siglo xx, le parecía insuficiente. En su interpretación política de aquellas ideas, Gamboa era más conservador, incluso, que muchos regeneracionistas o intelectuales españoles de la llamada “Generación del 98”: la derrota de España en Cuba era literalmente un “desastre” para México, ya que eliminaba el último obstáculo que contenía a Estados Unidos en su expansión hacia el sur. A fines de septiembre de ese año, Gamboa tuvo oportunidad de expresar su posición al respecto durante una velada conmemorativa de la independencia mexicana en la Escuela Nacional Preparatoria, la plataforma institucional que había servido a Gabino Barreda para adaptar a la política cultural del porfiriato las ideas del *Curso de filosofía positiva* de Auguste Comte.<sup>53</sup> Allí, ante Díaz, Limantour y Baranda, después de discurrir largamente sobre el “beneficio” de la conquista española de América, agregaba Gamboa:

En estos momentos España está de duelo; aún no da sepultura a todos los cadáveres de sus soldados; aún hay muchas madres, ciegas casi de tanto llorar, atentas al lejano trasatlántico

<sup>51</sup> GAMBOA, 1995, p. 45.

<sup>52</sup> ESLAVA GALÁN y ROJANO ORTEGA, 1997, pp. 272-274 y 294-297, y LAÍN ENTRALGO y SECO SERRANO, 1998, pp. 295-322.

<sup>53</sup> HALE, 1991, pp. 245-249.

que por fin llega al puerto, echa anclas en las azules aguas de la bahía y con ellas echa esperanzas en la pobre vieja atribulada. Y bajan los heridos, los enfermos, pero su hijo no vuelve, nadie la informa, señalándole el cielo, la inmensidad del mar, y silenciosamente desaparecen los repatriados tristes, muy tristes, ante el trágico deslumbramiento de su España. Conformémonos con festejar esta fecha, imperecedera para nosotros, sin evocar dolorosas recordaciones a la Península.<sup>54</sup>

Como ha visto Charles Hale, la transformación del liberalismo mexicano, en los años 70 y 80, por efecto de la introducción del positivismo como referencia ideológica de las élites porfiristas, colocó el tema étnico en el centro del debate sobre la identidad nacional. A esto contribuyó tanto el proceso intelectual de fines del siglo XIX, con el organicismo spenceriano y el darwinismo social, como el posicionamiento de las élites mexicanas ante el problema de la integración de las comunidades indígenas al orden social moderno y la polémica suscitada por las nuevas leyes de colonización e inmigración, acerca de qué tipo de inmigrante debía ser atraído.<sup>55</sup> La guerra entre Estados Unidos y España, por la soberanía de Cuba, en 1898, catalizó esas querellas entre las élites mexicanas y profundizó, aún más, la mutación cultural que traería como consecuencia una curiosa fusión del liberalismo y el conservadurismo.<sup>56</sup> Liberales clásicos, antipositivistas, como Francisco G. Cosmes, asumían ahora el discurso eugenésico para presentar a la nación mexicana como obra de la civilización hispánica.<sup>57</sup> Hispanófilos moderados, como Telésforo García, quien, en 1875, había terciado en una sonada polémica entre *La Colonia Española* y el *Diario Oficial*, protagonizada por el español Adolfo Llanos y Alcaraz y el cubano Andrés Clemente Vázquez, elogiando la herencia ibérica aunque sin negar una identidad mexicana, encabezaba, ahora, la

<sup>54</sup> GAMBOA, 1995, p. 51.

<sup>55</sup> HALE, 1991, pp. 338-344 y 356-392. Véase también GUERRA, 1988, t. I, pp. 378-382.

<sup>56</sup> GUERRA, 1988, t. I, pp. 382-386.

<sup>57</sup> GUERRA, 1988, t. I, p. 378.

causa española en México y denostaba la “barbarie expansionista del protestantismo sajón”.<sup>58</sup>

Otro caso ilustrativo de esta mutación intelectual, frente al escenario de la guerra hispanoamericana, fue el de Agustín Aragón. Discípulo fiel de Gabino Barreda, a quien rindió tributo en su *Essai sur l'histoire du positivisme au Mexique*, Aragón era un positivista ortodoxo, más apegado a la sociología de Comte, que al evolucionismo de Spencer o cualquier otra variante, más o menos eugenésica, del darwinismo social.<sup>59</sup> La guerra del 98 afectó a tal grado el quehacer intelectual de Aragón, que después de conocer la noticia del hundimiento de la escuadra del almirante Pascual Cervera, en la bahía de Santiago de Cuba, escribió al vapor, un libro titulado *España y los Estados Unidos de Norte América. A propósito de la guerra* (1898). Según Aragón, el conflicto entre ambas potencias fue provocado por la “intromisión de los anglo-americanos en el arreglo de los asuntos interiores del heroico y grande pueblo que nos dió su civilización”.<sup>60</sup> Con su intervención en la isla, Estados Unidos violaba la soberanía de España, no la de Cuba, y esa injerencia había sido fabricada, en parte, por el Partido Revolucionario Cubano, fundado por José Martí, y que encabezaba Tomás Estrada Palma desde Nueva York:

Que la guerra ha sido causada por los especuladores, quienes adquirieron millones de pesos en bonos de la Junta Cubana, los cuales distribuyeron entre altos funcionarios y entre los principales periódicos de sensación llamados “Yellow Journals” se asegura públicamente en los Estados Unidos de Norte América.<sup>61</sup>

Luego, en visible altercado con las ideas de Bulnes, Aragón señalaba que, precisamente por su debilidad militar, la guerra era más moral para España, quien peleaba por su honor, que para los Estados Unidos, quienes a todas lu-

<sup>58</sup> HALE, 1991, pp. 392-393.

<sup>59</sup> HALE, 1991, p. 250. Véase también GARCIADIEGO DANTAN, 1996, pp. 27 y 132.

<sup>60</sup> ARAGÓN, 1898, p. 5.

<sup>61</sup> ARAGÓN, 1898, p. 10.

ees, violaban el derecho internacional con el fin de expandir sus dominios sobre el Caribe y Centroamérica:

El acto de aceptar España una lucha tan desigual por defender únicamente su honor, consuela y alienta en estos tiempos de triste mercantilismo en que los pueblos no se mueven sino impulsados por el interés y atraídos por la codicia. Es inconcebible para el *yankee* que haya defendido su honra el español porque el egoísmo caracteriza al primero y el altruísmo al segundo, porque el primero es frío y calculador y no se mete en cuestiones, a no ser que todas las ventajas estén de su parte.<sup>62</sup>

La guerra era para Aragón un escenario donde se enfrentaban dos sistemas morales, dos civilizaciones, y en última instancia, dos razas. Su libro estaba dedicado a demostrar, con citas recurrentes de Comte, Spencer, Barreda y Parra, la superioridad moral de las civilizaciones latina y católica de España, frente a las protestante y sajona de Estados Unidos. De ahí que su punto de partida fuera el viejo tópico del paralelo entre los métodos de conquista y colonización, aplicados por los españoles y los británicos en América. Para Aragón estaba fuera de discusión “la altura envidiable de los españoles por sus procedimientos de conquista”, por su tendencia a la integración racial con las comunidades precolombinas y su aporte a la educación y el progreso.<sup>63</sup> La “civilización *yankee*”, en cambio, era “arcaica” y “primitiva”, porque “emanaba directamente y sin mezcla alguna de la occidental y europea”.<sup>64</sup> Esta inversión, típicamente eugenésica, de los conceptos de civilización y barbarie, que habitualmente se atribuye a Rodó o a Vasconcelos, era un horizonte afín a las élites intelectuales latinoamericanas de fines del siglo XIX.<sup>65</sup> En un pasaje de su libro, Aragón exponía, con elocuencia, ese tópico de la inferioridad moral estadounidense o, dicho con la pasión retórica de entonces, ese tópico de la “barbarie *yankee*”.

<sup>62</sup> ARAGÓN, 1898, p. 10.

<sup>63</sup> ARAGÓN, 1898, p. 34.

<sup>64</sup> ARAGÓN, 1898, p. 47.

<sup>65</sup> ZEA, 1988, pp. 266-282.

Los E.E.U.U de Norte América son un pueblo grande, pero no un gran pueblo, son un coloso, pero no una gran nación, y si es verdad que han demostrado tener un vigor asombroso y que han dado pruebas de virilidad sin igual, lo es también que ésto lo han logrado a expensas de la moralidad ¡Ay del que entre los anglo-americanos no adquiere el todopoderoso oro! La posesión de este metal es entre ellos el único fin de la vida y, para lograrla, todos los medios se justifican!<sup>66</sup>

Al final del libro, Aragón confirmaba una vez más, su ortodoxia positivista al insertar una cita de Comte, frente a la cual, las 70 páginas de su ensayo no significaban más que una extensa glosa: “comparándose a las naciones protestantes, la nación española está autorizada a proclamar su superioridad moral y social, de ningún modo neutralizada por su inferioridad teórica y práctica”.<sup>67</sup> El estereotipo eugenésico que atribuía a la civilización latino-católica una superioridad moral frente a la sajona-protestante fue fundamental para la rearticulación del discurso de la identidad mexicana a fines del siglo XIX. Esa inscripción de México como una nación hispana, cuya moralidad propiciaba un modelo cívico radicalmente diferenciado del estadounidense, aparece también en el libro de Francisco G. Cosmes, *La dominación española y la patria mexicana* (1896), en el que Hernán Cortés era presentado como “el padre de la nacionalidad”, y en otros dos textos de Agustín Aragón: “El territorio de México y sus habitantes”, primer capítulo de *México, su evolución social* (1902), la obra colectiva coordinada por Justo Sierra, y *La obra civilizadora de México y las demás naciones de la América Latina*, publicada en 1911.<sup>68</sup> A Aragón no se le ocultaba que esta reivindicación de España implicaba un cambio sustancial del liberalismo mexicano, entre la generación, todavía hispanófoba, de Altamirano, Ramírez y Prieto, y la científica de Sierra, Cosmes y él mismo. Por eso afirmaba, en aquel verano de 1898:

<sup>66</sup> ARAGÓN, 1898, p. 40.

<sup>67</sup> ARAGÓN, 1898, p. 61.

<sup>68</sup> COSMES, 1896, pp. 4-5.

Las ideas revolucionarias y metafísicas que penetraron en nuestros países después de la Independencia, nos alejaron más todavía de España y, colocándonos exclusivamente en un punto de vista material, nos condujeron a la ciega admiración de la sociedad anglo-americana que no considera al hombre sino como una máquina de producción. Afortunadamente comienza a variar la opinión y una vigorosa tendencia a la integración de todos los elementos que constituyen la gran familia española en el Viejo y el Nuevo Continente domina ya los cerebros pensadores de los iberos e iberoamericanos.<sup>69</sup>

La introducción de las ideas positivistas y eugenésicas en México afianzó la fusión de las tradiciones liberal y conservadora en un nuevo nacionalismo: aquel que instrumentaba la herencia hispánica como un dispositivo cultural contra la influencia estadounidense.<sup>70</sup> Señales de esa mutación ideológica fueron los artículos de Telésforo García, antiguo compañero de Sierra y Cosmes en la redacción de *La Libertad* y líder intelectual de la colonia española durante el porfiriato, escritos a raíz de la celebración de la Segunda Conferencia Panamericana de 1901 en México y compilados, al año siguiente, en el libro *Por la raza* (1902).<sup>71</sup> García se propuso denunciar el que llamaba “nuevo monroísmo panamericanista” de McKinley y Roosevelt, que se había manifestado, primero, contra España en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y que, luego, se enfilaría contra el resto de América Latina.<sup>72</sup> Su enfoque, al igual que el de Aragón, era francamente eugenésico, ya que toda la argumentación del libro estaba encaminada a demostrar que sí existía una “raza latina” y, “como variedad de ésta”, una “raza hispanoamericana”, que demostraba su “superioridad espiritual” frente a la anglosajona de los estadounidenses.<sup>73</sup> Según García, los “pueblos iberoamericanos”, al arribar a la “conciencia de su especie”, descubrieron que

<sup>69</sup> ARAGÓN, 1898, p. 54.

<sup>70</sup> VÁZQUEZ, 1970, pp. 78-82.

<sup>71</sup> Sobre la Segunda Conferencia Panamericana, celebrada en México en 1901, véase MORALES, 1996, p. 23.

<sup>72</sup> GARCÍA, 1902, pp. 32-36.

<sup>73</sup> GARCÍA, 1902, p. 11.

entre ellos existía una “afinidad moral positiva indestructible”, basada en el altruismo y la filantropía, a diferencia de los sajones, cuya moralidad se basa en el egoísmo individualista.<sup>74</sup> Esa moralidad protestante generaba en el “carácter estadounidense un defecto o vacío que tardaría siglos en llenarse”.<sup>75</sup>

Fijémonos tan sólo cómo pasa inadvertido para la gran masa de aquel pueblo cuanto, saliéndose discretamente de lo útil, atañe a lo verdadero y a lo bello [...] Las sociedades en que prepondera el tipo económico del mismo modo que sucede con todos los organismos rudimentarios, emplean en el proceso de nutrición las fuerzas de mayor importancia, dejando poca o ninguna energía para la manifestación y desempeño de funciones más delicadas ¿Pasa algo de esto en Estados Unidos? Prescindamos del arte, colocado por los sociólogos en la cima de la civilización; olvidemos la general preferencia que allí se concede a lo enorme sobre lo bello, y fijémonos únicamente en el fin perseguido como desiderátum. ¿Se cultiva en aquella república la ciencia por la ciencia? Por sentimientos altruistas, por ofrecer a la humanidad un bien mayor ¿se pone en tensión el cerebro y en actividad el laboratorio?<sup>76</sup>

No deja de ser paradójico, y a la vez revelador de las cabriolas del nacionalismo latinoamericano, el hecho de que Telésforo García, caudillo cultural de la colonia española en México y enemigo acérrimo de la independencia cubana, entre 1895 y 1898, hablara en 1902, justo el año en que se estrenaba en Cuba una república semisoberana, con palabras muy parecidas a las que, una década antes, usaba José Martí, en su célebre ensayo *Nuestra América*:

América, nuestra América, la que por conducto de España recibiera en rica herencia el amplio espíritu latino, no pretenderá ser únicamente para los americanos, sino para la civilización, para el progreso, para la humanidad, que todavía

<sup>74</sup> GARCÍA, 1902, pp. 24-26.

<sup>75</sup> GARCÍA, 1902, p. 29.

<sup>76</sup> GARCÍA, 1902, pp. 27-28.

encuentra en la tierra ancho campo para los cuerpos y hermosos ideales para las almas. Quédense con el monroísmo mezquino y apollado aquellos que con tal de satisfacer su ambición no tendrían empacho en barrer del planeta al resto de los pueblos.<sup>77</sup>

En este temprano libro de Telésforo García se veían condensados todos los estereotipos binarios que, en pocos años, edificarían el canon latinoamericanista: el materialismo sajón y el espiritualismo latino, la impiedad protestante y la caridad católica, el imperialismo estadounidense y el universalismo hispánico... Algo muy similar sostenía por aquellos años, José Enrique Rodó en su *Ariel*, cuando afirmaba que “la idealidad de lo hermoso no apasiona al descendiente de los austeros puritanos”, encerrado en su ciudadela utilitaria, pero sí arrebatada al generoso católico.<sup>78</sup> Todavía en 1925 José Vasconcelos, aunque más centrado en la dialéctica del mestizaje, reproducía estos estereotipos eugenésicos en *La raza cósmica*, donde después de sostener que “ya el sajón había cumplido su misión en América”, afirmaba que “solamente la parte ibérica del continente dispone de los factores espirituales, la raza y el territorio que son necesarios para la gran empresa de iniciar la era universal de la Humanidad”.<sup>79</sup> Prueba al canto de la fuerza del imaginario eugenésico en la historia intelectual de México es que aún Octavio Paz, tal vez el escritor mexicano más universal, en su admirable ensayo “El espejo indiscreto”, repetía ese tópico heredado del siglo xix que presenta a Estados Unidos como un “país sin pasado”, como una “cultura sin tradición”, donde la desenfrenada modernidad producía más un nuevo tipo de barbarie, que un nuevo tipo de civilización.<sup>80</sup>

Sin embargo, no todo el nacionalismo mexicano que surgió de aquel liberalismo conservador de fines del siglo

<sup>77</sup> GARCÍA, 1902, p. 37.

<sup>78</sup> RODÓ, 1979, p. 44.

<sup>79</sup> VASCONCELOS, 1983, pp. 28 y 48-49.

<sup>80</sup> PAZ, 1979, pp. 53-69.

XIX, desembocó en una eugenesia prosajona o prolatina. El caso emblemático de un nacionalista mexicano, que defendió la apertura frente a todos los modelos civilizatorios y evitó los excesos de las retóricas raciales, tal vez sea el de Justo Sierra. Aunque se ha insistido mucho en las semejanzas entre la imagen positivista de la identidad nacional de Aragón y la de Sierra, es posible detectar en este último una actitud diferente, sobre todo, en cuanto al choque de las civilizaciones escenificado en la guerra de 1898.<sup>81</sup> En 1883, desde las páginas de *La Libertad*, Sierra había polemizado con José María Vigil y “aquellos que creen que nuestra felicidad consiste en norteamericanizarnos”, alertando sobre los peligros del “americanismo legal, económico y cultural”.<sup>82</sup> Según Sierra, la amenaza del “americanismo legal”, que había representado el liberalismo de 1857, ya no estaba vigente. En cambio, el americanismo económico avanzaba a toda velocidad mediante la nueva red ferroviaria y traía consigo el otro americanismo, el cultural, que era, a su juicio, el más peligroso, ya que podría significar la “tentativa anexión moral e intelectual” de México a Estados Unidos.<sup>83</sup> Estas advertencias fueron reiteradas por Sierra, en 1902, en su opúsculo “La era actual”, al final de *México; su evolución social*, cuando formulaba su programa educativo para “crear el alma nacional”, convirtiendo “al terrígena en valor social (que sólo por nuestra apatía no lo es), convertirlo en el principal colono de una tierra intensivamente cultivada; identificar su espíritu y el nuestro por medio de la unidad de idioma, de aspiraciones, de amores y de odios, de criterio mental y de criterio moral”.<sup>84</sup>

Este nacionalismo de Sierra también era receloso de la expansión estadounidense, pero a diferencia del de Aragón o el de García, no se dejaba arrastrar por la exaltación de la herencia hispánica. Como todo organicista, Sierra pensaba que la sociedad era un “ser vivo, cuya transforma-

<sup>81</sup> Véase la introducción de Álvaro Matute a SIERRA, 1993, pp. 12-16.

<sup>82</sup> HALE, 1991, pp. 394-395.

<sup>83</sup> HALE, 1991, p. 396.

<sup>84</sup> SIERRA, 1993, p. 406.

ción perpetua es más intensa al compás de la energía interior con que el organismo social reacciona sobre los elementos exteriores para asimilarlos y hacerlos servir a su progresión”.<sup>85</sup> De modo que, a su entender, esos “elementos exteriores” que aportaban las civilizaciones sajona y protestante de Estados Unidos debían ser “asimilados” por México. Sierra evitaba que sus referencias positivistas lo condujeran, por la vía del darwinismo o la eugenesia, a ese discurso paranoide, en el cual, el “enemigo” siempre es localizado en la otra raza, la otra religión, la otra lengua o la otra civilización.<sup>86</sup> Para él el “enemigo” no era foráneo, sino “íntimo”: era “la irreligiosidad cívica de los impíos y los escépticos”, pero también, “la probabilidad de pasar del idioma indígena al idioma extranjero en nuestras fronteras, obstruyendo el paso a la lengua nacional”.<sup>87</sup> Charles Hale describe muy bien este nacionalismo flexible o abierto de Sierra, que no cede a la hegemonía de uno u otro modelo civilizatorio dentro de la identidad nacional de México:

El miedo a la americanización sacó a la luz los pensamientos más profundos de Sierra respecto a la identidad nacional, pensamientos que hacen resaltar aún más una dimensión crítica de la relación entre el liberalismo y la política científica en el México de fines del siglo xix. Sierra no era ningún apologeta de la herencia cultural española. Se sumaba a la heroica tradición liberal que empezó con la revuelta de Hidalgo en 1810 y terminó con la victoria de Juárez sobre Maximiliano y los conservadores. Era fuertemente anticlerical y lamentaba el estancamiento de la Iglesia católica. Admiraba el protestantismo y a Estados Unidos como símbolos del progreso liberal en el mundo moderno. Sin embargo, como patriota mexicano, reaccionaba instintivamente contra la imitación y buscaba la identidad de México en los elementos que lo diferenciaban de la protestante Norteamérica.<sup>88</sup>

<sup>85</sup> SIERRA, 1993, p. 370.

<sup>86</sup> LÉVINAS, 1993, pp. 51-53.

<sup>87</sup> SIERRA, 1993, p. 406.

<sup>88</sup> HALE, 1991, p. 397.

Es raro este nacionalismo abierto en la historia intelectual de América Latina. Benedict Anderson ha sugerido que los nacionalismos latinoamericanos surgieron dentro de prácticas y discursos anticoloniales que representaban e imaginaban la identidad nacional de cada país siguiendo los cánones y rituales de una religión cívica, destinada a propiciar la integración moral de la comunidad republicana, como si ésta constituyera un nuevo reino dinástico.<sup>89</sup> Sierra, quien no subvaloraba la importancia de una pedagogía cívica para el afianzamiento del republicanismo, tenía, en cambio, una imagen, no sagrada, sino profana de la nación mexicana, que se basaba en el mito del mestizaje y en el ejercicio de una permeabilidad étnica, migratoria y cultural. De ahí que su doble cubano no sea precisamente José Martí, quien por su misticismo sacrificial y su patriotismo republicano se parece más a Francisco I. Madero, sino el también intelectual positivista Enrique José Varona.<sup>90</sup>

#### MÉXICO ENTRE LOS PANMOVIENTOS

No fue esta versión del nacionalismo mexicano la que predominó entre las élites intelectuales y políticas de los últimos años del porfiriato. La guerra hispanoamericana de 1898, en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y la política expansionista de Theodore Roosevelt, desataron una fuerte campaña antimonroísta y antipanamericanista en la opinión pública mexicana. A fines de 1901, se había celebrado el Segundo Congreso Panamericano en México, y el secretario de Estado Elihu Root había realizado una visita, en el otoño de 1907, que fue generosamente comentada por la prensa. Sin embargo, en marzo de 1908, la revista *Pearson's Magazine* publicó una entrevista que hizo a Porfirio Díaz el periodista James Creelman, quien había sido reportero durante la guerra hispanoamericana, en la que el presidente se refirió varias veces y en un tono enérgico, aunque

<sup>89</sup> ANDERSON, 1993, p. 30.

<sup>90</sup> VARONA, 1974, pp. 21-36.

siempre cordial, a la doctrina Monroe y la presencia estadounidense en Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Sobre el panamericanismo, Díaz decía:

[...] Es innegable que hay un marcado sentimiento de desconfianza, un temor a la absorción territorial que impide una unión más íntima de las repúblicas americanas. Así como los guatemaltecos y otros pueblos centroamericanos parecen temer una absorción por México, así hay mexicanos que temen la absorción por los Estados Unidos. Yo no comparto ese temor, tengo plena confianza en las intenciones del gobierno norteamericano, sin embargo el sentimiento popular cambia y los gobiernos cambian y no sabemos nunca lo que nos depara el porvenir.<sup>91</sup>

Esta percepción cautelosa y finamente equilibrada de Díaz sobre la política exterior estadounidense reaparecía, con mayor claridad, al referirse a la doctrina Monroe:

Circunscrita a un propósito especificado, la Doctrina Monroe merece y recibirá el apoyo de todas las repúblicas americanas. Pero como una vaga pretensión general de poderío de parte de los Estados Unidos, una pretensión fácilmente asociada con la intervención armada en Cuba, causa profundo recelo. No hay razón válida para que la Doctrina Monroe no se convierta en una doctrina americana general, más bien que una política nacionalista de los Estados Unidos [...] El pueblo de los Estados Unidos se distingue por su espíritu público [...] Tiene un singular amor a la patria [...] su rasgo más fuerte es su patriotismo, y a mi parecer, cuando llegue la guerra, este espíritu se cambiará en espíritu militarista. Al apoderarse de las Filipinas y otras colonias, habéis plantado vuestra bandera lejos de vuestras costas.<sup>92</sup>

Entonces, cuando Creelman lo interrumpió para recordarle que Estados Unidos han prometido “devolver Cuba a su pueblo” y conceder al pueblo de las Filipinas “su independencia política y territorial tan pronto como esté capa-

<sup>91</sup> ROEDER, 1992, t. II, p. 375.

<sup>92</sup> ROEDER, 1992, t. II, p. 376.

citado para el gobierno propio”, Díaz responde ya en un lenguaje terminante, cuya emotividad impresionó al periodista estadounidense:

Cuando los Estados Unidos concedan su independencia a Cuba y a las Filipinas asumirán su lugar al frente de las naciones y todo temor y recelo desaparecerá de las repúblicas americanas. Mientras ocupéis las Filipinas, tendréis no sólo que mantener una gran armada, sino que vuestro ejército anmentará también [...] cuanto más pronto abandonéis vuestras posesiones asiáticas, tanto mejor será desde todos los puntos de vista. Por generosos que seáis, el pueblo que gobernáis se sentirá siempre un pueblo conquistado.<sup>93</sup>

Díaz exigía la “concesión de la independencia a Cuba” porque, en el invierno de 1907, cuando fue realizada la entrevista con Creelman, la isla estaba ocupada militarmente por Estados Unidos y gobernada provisionalmente por el secretario de Guerra estadounidense William H. Taft. Aquella segunda intervención, que duró hasta 1909, había sido provocada por el intento de reelección de Tomás Estrada Palma, el primer presidente de la República, que causó el pronunciamiento del general José Miguel Gómez, apoyado por importantes políticos liberales como Juan Gualberto Gómez y Alfredo Zayas. Temeroso de ser destruido por la revolución, Estrada Palma escribió a Roosevelt, el 12 de septiembre de 1906, para solicitar que “enviara dos o tres mil hombres para evitar una catástrofe en la Habana”, aunque una solicitud tan grave como ésa estaba contemplada por la Enmienda Platt, un apéndice constitucional que regía las relaciones entre Estados Unidos y Cuba.<sup>94</sup> Por otro lado, la insistencia de Díaz en la independencia de Filipinas era reflejo de su interés en reforzar las relaciones de México con Asia. En 1907 había sido inaugurado el Ferrocarril de Tehuantepec y deseoso de contener, en algo, la preeminencia estadounidense en el Pacífico, el

<sup>93</sup> ROEDER, 1992, t. II, p. 377.

<sup>94</sup> GUERRA Y SÁNCHEZ, 1952, t. VIII, p. 28. Véase también PÉREZ, 1986, pp. XV-XVII.

gobierno mexicano incrementaba sus vínculos con Japón y hasta dificultaba a Washington la renovación del contrato de arrendamiento de bahía Magdalena, en Baja California, donde el ejército y la armada de Estados Unidos acostumbraban realizar ejercicios militares.<sup>95</sup> La diplomacia de contrapesos, practicada por Díaz en Europa y Asia, se fue perfeccionando en los últimos años del porfiriato como respuesta al corolario Roosevelt de la doctrina Monroe.<sup>96</sup>

De manera que el discurso eugenésico y las retóricas de la raza no se agotaron en México una vez culminada la guerra de 1898 y establecido el gobierno interventor estadounidense, al mando del general Leonard Wood, ni su acento predominante, como demuestran los casos de Federico Gamboa, Agustín Aragón y Justo Sierra, estuvo siempre del lado de autores latinófilos a la manera de Francisco Bulnes o hispanófilos a la manera de Telésforo García. Las campañas panhispanistas lanzadas desde España por Rafael Altamira y Crevea, Rafael María de Labra y Adolfo Posada encontraron eco en la cultura mexicana, ¡justo cuando se experimentaba la intensa mutación intelectual que media entre la generación de los “científicos” y la generación del Ateneo de la Juventud. El Congreso Iberoamericano de 1900, que sesionó en la Universidad de Oviedo, bajo la dirección de Altamira, fue seguido de cerca por las élites intelectuales mexicanas. Allí quedó trazado el proyecto de esa suerte de *zollverein panhispano*, que Fernando Ortiz criticó como un intento de “reconquista espiritual de América por España”, y una de cuyas metas iniciales fue la peregrinación pedagógica de Altamira por las principales capitales latinoamericanas.<sup>97</sup> El viaje fue realizado, finalmente, entre 1909 y 1910, y Altamira peregrinó de sur a norte, empezando en Buenos Aires y terminando en La Habana.

El profesor de la Universidad de Oviedo llegó a México en diciembre de 1909. Aquí se entrevistó con Justo Sierra,

<sup>95</sup> LAJOUS, 1990, pp. 144-147.

<sup>96</sup> PÉREZ, 1986, p. xv.

<sup>97</sup> ORTIZ, 1910, pp. 157-174.

a quien había conocido en el Congreso Hispanoamericano de Asturias, y asistió a un banquete con el presidente Díaz, en el Centro Asturiano, el 16 de diciembre de 1909.<sup>98</sup> Acompañado siempre del embajador español Bernardo J. de Cologan y Cologan, Altamira pronunció una docena de conferencias, que fueron ampliamente reseñadas por la prensa: en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, en la Nacional Preparatoria, en la de Artes y Oficios, en la Nacional de Maestros, en el Museo Nacional de Antropología, Historia y Etnología, en el Colegio Nacional de Abogados, en el Militar, en la Academia Central Mexicana de Jurisprudencia, en el Ateneo de la Juventud, en la Academia Nacional de Ingeniería y Arquitectura y, naturalmente, en el Casino Español.<sup>99</sup> En todas ellas desarrolló el tema central de su gira: “la excelsa misión civilizadora de la noble raza ibérica en América”, aunque ante sus compatriotas del Casino Español, se limitó a reflexionar sobre la tragedia *Peer Gynt* de Ibsen.<sup>100</sup> La disertación sobre esta célebre pieza de teatro no era gratuita. *Peer Gynt* cuenta la historia de un joven noruego, irremediamente mitómano y megalómano, cuyos delirios de grandeza lo llevan a terminar sus días en un manicomio de El Cairo, donde los dementes lo coronan como Emperador de Sí Mismo. La obra de Ibsen, que al decir de Borges trata sobre “la ilusión del yo”, funcionaba para Altamira como una alegoría de la confusa identidad cultural de los países hispanoamericanos.<sup>101</sup>

En la Academia Central Mexicana de Jurisprudencia y Legislación, Altamira fue precedido en el uso de la palabra por el joven abogado Rodolfo Reyes, enfrascado entonces en el movimiento reyista, quien pronunció un discurso que refleja el modo tenso en que las élites intelectuales mexicanas se relacionaban con la campaña panhispanista.<sup>102</sup> Reyes empezaba con frases que debieron resultarle sumamente hospitalarias al académico asturiano:

<sup>98</sup> ALTAMIRA Y CREVEA, 1922, pp. 341-346.

<sup>99</sup> ALTAMIRA Y CREVEA, 1922, p. 347.

<sup>100</sup> ALTAMIRA Y CREVEA, 1922, p. 12.

<sup>101</sup> IBSEN, 1985, pp. 9-10.

<sup>102</sup> Sobre Rodolfo Reyes véase GARCÍADIEGO DANTAN, 1990, pp. 32-35.

Sí, señor Altamira; es en vano que espíritus que creen que el progreso sólo radica en lo exótico, suspiren por la desnaturalización de nuestra raza; ella es la que ha sido; la vieja madre habrá de reconocernos siempre en nuestros éxitos, y al hablarnos encontrará eco en todos los corazones bien puestos; porque sabemos y sentimos que nuestra sangre, la inmortal hija de la Loba, tiene todavía un grande, un supremo papel en los destinos de la humanidad. Por eso, excelentísimo Sr., porque México ama la raza que dió a su primitivo bronce la forma civilizada al calor de la llama luminosa del genio latino.<sup>103</sup>

Sin embargo, en un giro que debió sorprender a Altamira, más adelante Reyes afirmaba que así como la Academia daba la bienvenida al profesor de la Universidad de Oviedo, que predica la esencia cultural de la hispanidad, también abría sus puertas al secretario de Estado Elihu Root, estadounidense que defiende la convivencia diplomática entre las naciones. Y a continuación, agregaba estas palabras que, gustosamente, hubiera suscrito Bulnes:

Unidos por la Naturaleza a ese gran pueblo americano del norte, deseosos de recibir su contacto, su educación, las enseñanzas de sus virtudes innegables y los elementos de fecunda prosperidad que nos ofrece, los latinos queremos conservar nuestras nacionalidades y nuestra raza, y precavernos contra las tentaciones inevitables del fuerte. Es preciso, pues, pedir al Derecho Internacional fórmulas vigorosas para los principios de la no intervención y a las formas de unión por él consagradas, sus alas protectoras, para que así caminen los dos elementos que forman este Mundo Nuevo a la par en grandeza y en fuerza [...] ¡Naturaleza nos formó vecinos; que la justicia nos conserve amigos!<sup>104</sup>

No todos los encuentros del autor de *España en América* con la intelectualidad mexicana fueron ambivalentes. A juzgar por sus notas de viajes, Altamira se fue de México encantado con una serie de artículos de Agustín Aragón, publicados en su *Revista Positiva*, a principios de enero de

<sup>103</sup> ALTAMIRA Y CREVEA, 1922, p. 361.

<sup>104</sup> ALTAMIRA Y CREVEA, 1922, pp. 370-371.

1910, y reunidos luego en el libro *La obra civilizadora de México y las demás naciones de la América Latina* (1911). En uno de aquellos artículos, tras criticar el "antihispanismo" de los liberales de la generación del 57 (Altamirano y Ramírez, sobre todo), Aragón comentaba:

Nos alejamos de España en un tiempo, por la vieja historia de que las virtudes exageradas engendran correspondientes defectos. Quisimos ser tan independientes que creímos deber romper con el pasado. No. Fué ofuscación momentánea. El orgullo de nuestra hazaña nos llevó a olvidar la patria vieja que para los conquistadores era el centro de la sabiduría verdadera y el origen de todas las cosas buenas.<sup>105</sup>

Y ya en otro de sus artículos, Aragón se internaba en la zona que más atraía a Altamira, Labra, Posada y otros panhispanistas: la posibilidad de traducir políticamente ese discurso eugenésico de la latinidad, esa retórica de la raza que postulaba la identidad del espíritu hispánico:

El crecimiento de esa ola de recíproca simpatía entre América y España se advierte en los escritores, de algunos lustros acá, sobre todo después de la impudencia yanqui de 1898 [...] Una confederación moral de España y Portugal y sus antiguas colonias valdría mucho [...] Algunas confederaciones políticas en la historia han sido precedidas del sentimiento de la unión moral y, en gran parte, las ha creado, porque de este mismo sentimiento dependen su existencia y su estabilidad.<sup>106</sup>

Probablemente, Altamira abandonó México con una sensación ambigua: había encontrado recepción a su mensaje, pero también había sentido leves reservas. Esas sutiles resistencias provenían de la nueva mentalidad de unas élites intelectuales y políticas que aunque se negaban a olvidar las heridas de sus antepasados, aprendían a coexistir con la ausencia cercana de España y con la distante vecindad de Estados Unidos. Al llegar a La Habana, escenario de la última batalla entre dos civilizaciones que hasta

<sup>105</sup> ALTAMIRA Y CREVEA, 1922, p. 385.

<sup>106</sup> ALTAMIRA Y CREVEA, 1922, p. 393.

entonces se imaginaron como enemigas irreconciliables, Altamira halló una atmósfera menos hostil de la que esperaba. También los cubanos, con un siglo de retraso, aprendían muy rápido el arte de vivir entre imperios.

## REFERENCIAS

ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael

1922 *Mi viaje a América*. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez.

ÁLVAREZ, Jesús Timoteo

1996 "Opinión pública y propaganda bélica al inicio de la contienda", en DIEGO, pp. 247-261.

ANDERSON, Benedict

1993 *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

ARAGÓN, Agustín

1898 *España y los Estados Unidos de Norte América. A propósito de la guerra*. México: Eusebio Sánchez Impresor.

BULNES, Francisco

1899 *El porvenir de las naciones latinoamericanas ante las recientes conquistas de Europa y Norteamérica. Estructura y evolución de un continente*. México: El Pensamiento Vivo de América.

CANETTI, Elias

1981 *Masa y poder*. Barcelona: Muchnik Editores.

CERUTTI GOLDBERG, Horacio *et al.*

1993 *El ensayo en Nuestra América*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

COSMES, Francisco G.

1896 *La dominación española y la patria mexicana*. México: Imprenta del Partido Liberal.

DIEGO, Emilio de

1996 *1895: la guerra en Cuba y la España de la Restauración*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

- DUBY, Georges  
1989 *Civilización latina*. Barcelona: Laia.
- ESCALANTE, Fernando  
1992 *Ciudadanos imaginarios*. México: El Colegio de México.
- ESLAVA GALÁN, J. y D. ROJANO ORTEGA  
1997 *La España del 98. El fin de una Era*. Madrid: Edaf.
- EUA  
1988 *EUA. Documentos de su historia política*. México: Instituto Dr. José María Luis Mora.
- FIGUEROA ESQUER, Raúl  
1998 "Dos neutralidades comparadas", en PARAMIO, pp. 140-143.
- FOUCAULT, Michel  
1996 *Genealogía del racismo*. La Plata: Altamira.
- FUSI, Juan Pablo y Antonio NIÑO (coords.)  
1996 *Antes del desastre: orígenes y antecedentes de la crisis del 98*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- GAMBOA, Federico  
1995 *Mi diario II (1897-1900)*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- GANIVET, Ángel  
1997 *Idearium español*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- GARCÍA, Telésforo  
1902 *Por la raza*. México: Talleres Tipográficos "J. de Elizalde".
- GARCIADIEGO DANTAN, Javier  
1990 *Política y literatura. Las vidas paralelas de los jóvenes Rodolfo y Alfonso Reyes*. México: Condumex.  
1996 *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*. México: El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México.
- GUERRA, François-Xavier  
1988 *México: del antiguo régimen a la revolución*. México: Fondo de Cultura Económica, 2 tomos.

GUERRA Y SÁNCHEZ, Ramiro *et al.*

1952 *Historia de la nación cubana*. La Habana: Historia de la Nación Cubana.

HALE, Charles

1991 *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*. México: Vuelta.

HOBBSAWM, Eric J.

1998 *La era del imperio, 1875-1914*. Barcelona: Crítica.

HOFSTADTER, Richard

1955 *Social Darwinism in America*. Boston: Beacon Press.

IBSEN, Henrik

1985 *Peer Gynt y Hedda Gabler*. Buenos Aires: Hispamérica.

INGE, M. Thomas (coord.)

1989 *A Nineteenth-Century American Reader*. Washington: United States Information Agency.

LA FEBER, Walter

1963 *The New Empire. An Interpretation of American Expansion, 1860-1898*. Ithaca: Cornell University Press.

LAÍN ENTRALGO, Pedro y Carlos SECO SERRANO

1998 *España en el 98. Las claves del desastre*. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.

LAJOUS, Roberta

1990 *México y el mundo. Historia de sus relaciones internacionales*. México: Senado de la República, t. IV.

LANGA LAORGA, María Alicia

1996 "Mentalidad y novela. Una reflexión sobre la postura de ciertos intelectuales a la altura de 1995", en Fusi y Niño, pp. 427-428.

LÉVINAS, Emmanuel

1993 *Humanismo del otro hombre*. Madrid: Caparrós Editores.

LLERA, Esteban de y Milagrosa ROMERO SAMPER

1996 "Los intelectuales españoles y el problema colonial", en DIEGO, pp. 263-295.

MARTINDALE, Don

1971 *La teoría sociológica: naturaleza y escuelas*. Madrid: Aguilar.

MEYER, Jean

- 1997 *Rusia y sus imperios, 1894-1991*. México: Fondo de Cultura Económica.

MORALES, Salvador

- 1996 *Primera Conferencia Panamericana. Raíces del modelo hegemónico de integración*. México: Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo.

MOROTE, Luis

- 1997 *La moral de la derrota*. Madrid: Biblioteca Nueva.

NEVINS, Allen, Henry STEELE COMMAGER y Jeffrey MORRIS

- 1994 *Breve historia de los Estados Unidos*. México: Fondo de Cultura Económica.

OFFNER, John L.

- 1992 *An Unwanted War the Diplomacy of the United States and Spain over Cuba, 1895-1898*. Chapel Hill: The University of North Caroline Press.

ORTIZ, Fernando

- 1910 *La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo*. París: Librería de Paul Ollendorf.

PARAMIO, Ludolfo

- 1998 *El 98 iberoamericano*. Madrid: Pablo Iglesias.

PAZ, Octavio

- 1979 *El ogro filantrópico, historia y política, 1971-1978*. México: Joaquín Mortiz.

PÉREZ Jr., Louis A.

- 1986 *Cuba under the Platt Amendment, 1902-1934*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- 1998 *The War of 1898. The United States and Cuba in History and Historiography*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.

RODÓ, José Enrique

- 1979 *Ariel*. México: Porrúa.
- 1992 *Ariel*. México: Espasa-Calpe.

ROEDER, Ralph

- 1992 *Hacia el México moderno: Porfirio Díaz*. México: Fondo de Cultura Económica.

ROJAS, Rafael

- 1993 "El discurso de la ilustración republicana en Cuba", en CERUTTI, pp. 389-432.

SARMIENTO, Domingo Faustino

- 1978 *Conflicto y armonía entre las razas con América*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

SIERRA, Justo

*Evolución política del pueblo mexicano*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

STORM, Eric

- 1996 "La generación de 1897. Las ideas políticas de Azorín y Unamuno en el fin de siglo", en FUSI y NIÑO, pp. 465-480.

TAINÉ, Hippolyte Adolphe

- 1953 *Ensayos de crítica e historia*. Madrid: Aguilar.

THOMAS, Hugh

- 1973 *Cuba. La lucha por la libertad, 1762-1970*. Barcelona: Grijalbo.

UNAMUNO, Miguel de

- 1997 *En torno al casticismo*. Madrid: Biblioteca Nueva.

VARAONA, Enrique José

- 1974 *Textos escogidos*. México: Porrúa.

VASCONCELOS, José

- 1983 *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana*. México: Asociación Nacional de Libreros.

VÁZQUEZ, Josefina Zoraida

- 1970 *Nacionalismo y educación en México*. México: El Colegio de México.

WRIGHT, Esmond

- 1996 *The American Dream. From Reconstruction to Reagan*. Oxford: Blackwell Publishers.

ZEA, Leopoldo

- 1988 *Discurso desde la marginación y la barbarie*. Barcelona: Anthropos.